

CAPÍTULO UNO

.

El Comienzo



*¿Pueden dos caminar juntos sin ponerse de acuerdo?
(Amós 3:3).*

*L*i vueltas por nuestra pequeña cocina, volví a reacomodar el arreglo floral que había colocado en el centro de la mesa, y por milésima vez di un vistazo a la cazuela de pollo. Holmes y yo nos habíamos casado el fin de semana del Día de Acción de Gracias, y ahora, una semana después de nuestra boda, estábamos de vuelta en casa. Aunque yo había dictado clases a los estudiantes de la escuela media todo el día, estaba decidida a que cuando mi esposo regresara del trabajo, encontrara una comida casera esperándolo.

“Holmes siempre sale del trabajo a las seis de la tarde”, pensé. “Seguramente llegará en unos minutos. Son sólo cinco minutos desde el almacén. ¡Le va a encantar esta cazuela!”

7:00 p.m. “¿Dónde está?” Cuando yo era niña, en mi casa se esperaba que uno llegara a tiempo para la comida,

porque no hacerlo era un delito tan grave como amotinarse. "Seguramente llegará pronto".

8:00 p.m. "Todavía no sé nada de Holmes, y tampoco ha llamado. Espero que no le haya pasado nada. Mejor llamo al almacén. No contestan. Volveré a calentar la cazuela cuando llegue".

9:00 p.m. Me encuentro sentada sola en el comedor, con mi ánimo tan marchito como la ensalada verde.

Las horas pasaron lentamente. Mi primera cazuela de pollo, en algún momento cremosa y caliente, ya estaba tostada y fría. La había calentado varias veces mientras esperaba que Holmes llegara.

Finalmente llegó a las 10 de la noche, un poco avergonzado y me explicó con facilidad, que había hecho una parada con los muchachos del almacén. Después de mirar la comida me dijo que no tenía hambre, porque ya se había comido una hamburguesa. Antes me preocupaba que hubiera sufrido algún accidente. Ahora me sentía lastimada, enojada, y con lágrimas en los ojos.

Pero cuando intenté decirle cómo me sentía, Holmes se metió en su caparazón, como una tortuga. No lo podía creer. ¡Nos habíamos comunicado tan bien antes de la boda! Holmes prendió el televisor, obviamente sin ganas de discutir. Cuando me volví más molesta, se fue para la alcoba, cerró la puerta y se acostó. ¡Qué tal la luna de miel! Mis lágrimas se convirtieron en sollozos.

Esta escena se repitió, con pequeñas variaciones, durante los primeros años de matrimonio. Gradualmente, ladrillo por ladrillo, fue creando un muro entre nosotros. Claro que también hubo muchos momentos felices, como el nacimiento de nuestros primeros hijos, los paseos al parque, los recorridos con los niños en sus coches por el barrio, y de vez en cuando un viaje de fin de semana, al rancho de mis padres en el este de Tejas. Recuerdo mi emoción cuando



Holmes regresó a casa después de varios meses de entrenamiento básico y un campamento de verano de dos semanas. Pero la intimidad que habíamos compartido como pareja durante nuestro compromiso se había desvanecido, y en momentos de estrés o conflicto, la distancia entre nosotros parecía una brecha demasiado ancha para construir cualquier puente.

Al octavo aniversario nuestro matrimonio estaba en problemas. ¡Cómo añoraba la conversación, la intimidad y la conexión corazón a corazón con mi esposo! Compartíamos la misma cama, pero a veces sentía que nos separaba un millón de kilómetros.

Todavía recuerdo la noche cuando reconocí que nuestro matrimonio se encontraba en un cruce de caminos. Estaban apagadas las luces, y Holmes respiraba suavemente a mi lado. Yo estaba hasta el tope de resentimiento, soledad y dolor acumulados. Allí acostada, supe que debía tomar una decisión.

Podría continuar en la misma dirección en que iba y perseguir mis propios intereses —un posgrado, un grupo para escritoras, la liga de tenis. Si lo hacía, Holmes y yo nos convertiríamos en “solteros casados” —viviendo en la misma casa y funcionando como padres, pero experimentando poca intimidad como pareja. Aún peor, podríamos terminar separados o divorciados. O podría volver mi rostro hacia Dios y buscar su plan divino para nuestro

La imagen bíblica del matrimonio es la mezcla de dos vidas de la manera más profunda, formando una nueva unidad que no satisface solamente a los individuos involucrados, sino que sirve a los propósitos de Dios de la manera más alta.

GARY CHAPMAN

matrimonio. En ese entonces no tenía la menor idea de cuál sería ese plan, pero sí lo veía como alternativa.

Al día siguiente, desempolvé una versión Phillips en inglés del Nuevo Testamento, y empecé a leerlo cada tarde, mientras los niños tomaban su siesta. Después de terminar con Mateo, Marcos y Lucas —leía sólo unos capítulos cada día, cuando la casa estaba silenciosa— empecé con el libro de Juan.

En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio, leí en silencio. Por medio de Él todas las cosas fueron creadas; sin Él, nada de lo creado llegó a existir. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad. Esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no han podido extinguirla (Juan 1:1-5).

Mientras seguía leyendo las palabras del primer capítulo, los ojos de mi entendimiento se abrieron. En términos modernos, ise me prendieron las luces! (Comprendí que no era ninguna casualidad, porque mi fiel madre había estado intercediendo por mí durante años). La palabra viva, Jesús mismo, me fue revelada con una realidad que me dejó sin aire. Lo vi como la Luz verdadera que vino al mundo no solamente para iluminar la oscuridad de la *humanidad*, sino también para alumbrar *mi* oscuridad.

Aunque asistía a la iglesia, desde la secundaria había vivido en una neblina de escepticismo e incredulidad. Ahora, de repente, sabía que Él era real, no como un dios que se mantenía lejos de nosotros, ni como un personaje de “la mitología bíblica”, como me había enseñado mi profesor de religión. Era el Hijo de Dios, estaba conmigo, y tenía un plan para mi vida. En estos momentos con mi Salvador, capas de dudas se desmoronaron en su presencia, al rendirme de nuevo a Él.



Con hambre de conocer más a Dios, me sumergí en la *Biblia* con más energía de la que había gastado en mis clases favoritas durante el posgrado de Shakespeare o Chaucer. Leyendo su Palabra a diario, renovaba mis pensamientos. Mi perspectiva empezó a cambiar. Aparentemente, mi esposo debió haber notado algún cambio, porque sin oír una palabra mía tomó con entusiasmo el mismo Nuevo Testamento, y empezó a leerlo. Unas semanas después, encontró vida en Jesucristo.

Y así empezó el viaje espiritual de nuestro matrimonio.

No teníamos un mapa, ni instrucciones, pero como Dios nos llevó paso a paso, una de las primeras paradas fue de rodillas, en oración.

Aunque habíamos asistido a la iglesia a lo largo de nuestro matrimonio, Holmes y yo no teníamos ni idea de lo que era orar juntos. Habíamos emitido nuestras propias oraciones personales tipo “dardo” —de carrera a la sala de urgencias con Justin durante un ataque de asma, o al administrar un vomitivo a nuestro preescolar, Chris, cuando metió en su pequeña boca unos hongos de color café, con apariencia horrible. Pero no teníamos mucha experiencia en cuanto a hablar con Dios juntos, con calma, colocando nuestras necesidades y decisiones delante de Él, escuchando sus repuestas, y recibiendo la frescura y la renovación provenientes de tiempos sin afán en su presencia.

Holmes proviene de una larga lista de personas muy reservadas en cuanto a su fe. Por naturaleza, era callado, y

Para que el milagro de la oración empiece a operar en tu vida, sólo tienes que hacer una cosa: orar... Entonces, y sólo entonces, empezará tu aventura en la fe.

BILL HYBELS

en una crisis o conflicto se expresaba aún menos. Como lo descubrí la noche de la cazuela de pollo, Holmes era una persona que se “alejaba”, y yo una que se “acercaba”. Yo enfrentaba; él se retiraba. Cuando se alejaba emocionalmente de mí en situaciones estresantes, me sentía asustada y sola. Luego mis emociones se desbocaban mediante la expresión verbal o en un torrente de angustiados pensamientos, que una y otra vez sonaban como un disco rayado.

También teníamos estilos muy diferentes de orar. Holmes era más propenso a “razonar” sus oraciones y a ser conciso, mientras yo podía fácilmente poner mis peticiones en palabras sencillas y hablar largo.

¡Qué reto era para nosotros unirnos en la oración! Afortunadamente, ilo que es imposible para el hombre (y su mujer) es posible con Dios!

Poco después de empezar nuestra renovación espiritual, Holmes recibió tres ofertas de trabajo. Una implicaba volver a mudarnos. Aun en mi mejor momento, detesto mudarme; pero en aquel momento en especial, tenía nueve meses de embarazo, ¡cargando 25 libras de más! Al final de un día de corretear con dos chicos en edad preescolar, no podía ni *pensar* en empacar cajas. Y mis instintos para anidar estaban disparados.

¿Mudarnos de casa? ¡Ni loca! Esa era mi posición. Unos meses antes nos habíamos pasado a la casa de mis sueños, y sólo deseaba mecirme con nuestro bebé próximo a nacer, en el balcón de nuestra casa de ladrillo rojo con la linda cerca blanca, y mirar jugar a los niños bajo el acariciante sol del otoño.

Sin embargo, mi esposo sabía que su situación actual de trabajo no tenía futuro —la posición de gerente que le habían prometido no se concretaba. Con una familia en aumento para sostener, pensaba que por lo menos teníamos

que considerar las nuevas ofertas. Además, a él le fascinaban los cambios —entre ellos mudarse de casa!

Su método típico de tomar decisiones era analizar todo internamente, y luego anunciar su decisión. A mí me gustaba analizar todo en forma verbal, y escribir listas de ventajas y desventajas. Gracias a Dios nuestra reconciliación con Él cambió nuestra manera de manejar esas diferencias.

Tal vez por primera vez en nuestro matrimonio, Holmes salió al balcón, tomó mi mano, y dijo: “Cariño, oremos juntos acerca de estas ofertas de trabajo. Necesitamos que Dios nos guíe. Acabo de leer en Santiago que si necesitamos sabiduría, podemos pedírsela a Dios”.

Al inclinar nuestras cabezas, un sentimiento de alivio me inundó. No teníamos que tomar esta decisión solos, ni entrar en conflicto observando impotentes mientras el estrés nos alejaba al uno del otro. Había alguien a quien le importábamos, alguien más grande que los dos, y sentía que cuando inclinamos nuestras cabezas Él nos estaba escuchando.

En ese momento, Holmes y yo éramos bebés en oración. No teníamos experiencia hablando con Dios, y ciertamente no éramos elocuentes. Pero al pronunciar nuestras sencillas oraciones pidiendo que Dios nos guiara, Él no solamente fue fiel para ayudarnos a estar de acuerdo en cuál trabajo aceptar, sino que hizo más de lo que habíamos pedido.

El trabajo que aceptó sí implicaba una mudanza. Así que la hicimos —cuando nuestra pequeña Alison tenía apenas tres semanas. Pero su gracia enderezó el camino. De hecho, el nuevo jefe de Holmes nos ayudó a encontrar una casa, y personalmente diligenció el préstamo. Antes del traslado siempre habíamos alquilado, con poca esperanza de acumular la cuota inicial para comprar. Con la ayuda del empleador, pudimos comprar la nueva casa. Aterrizamos en

un barrio amigable, con otras familias jóvenes, cerca de una iglesia donde nuestra nueva fe podría crecer.

Pero la respuesta directa y maravillosa de Dios a nuestra oración, no fue el resultado más importante de orar juntos. Para nosotros fue aún más precioso que nuestros corazones se empezaron a tejer juntos por la intimidad increíble que sentimos cuando oramos a nuestro Padre.

Sin un consejero que nos dijera dónde andábamos mal, Dios mismo empezó a sanar nuestro matrimonio. Y con cada oración que hacíamos juntos, Jesús se incorporaba como el tercer hilo en una cuerda trenzada, uniéndonos

estrechamente y dándonos fuerza. Con los lazos adicionales espirituales venía la intimidad espiritual. La conexión corazón a corazón con mi esposo, que yo había deseado por tanto tiempo, poco a poco comenzaba a ser realidad.

La oración es el sonido que produce la familia de Dios cuando está en relación correcta con nuestro Señor.

DAVID Y HEATHER KOPP

Hemos andado ya una distancia (y nos hemos mudado varias veces) desde que hicimos nuestras primeras tímidas

oraciones juntos en el balcón. Desde entonces, durante 24 años hemos hablado con el Señor juntos, acerca de múltiples preocupaciones: por la viruela, el asma, los huesos rotos, los granos y las dolorosas infecciones de oído. Hemos hecho preguntas tales como: “¿En qué colegio debemos matricular a los niños? ¿Debemos vender la casa?” Hemos orado durante tormentas económicas, problemas en el colegio, lecciones para conducir el carro, y noches de baile escolar. Además, hemos sacado de fiestas escolares a ciertas novias y novios mediante la oración —y hecho entrar a otros!

Hemos pedido sabiduría cuando ya no la había



especialmente mientras nuestros hijos navegaban por las turbulentas aguas de la adolescencia. Con el paso de los años, nuestra esfera de influencia se ha ido ampliando, y oramos por toda la familia, los amigos, los misioneros y más. También lo hemos hecho por personas que necesitaban del amor, la ayuda y la sanidad de Dios en nuestra iglesia, y en viajes de misiones, e innumerables veces hemos agradecido a Dios por otro día de vida y por la bondad y bendición de compartir una comida o un almuerzo en el parque juntos como familia.

A veces hemos hablado con el Señor en voz alta mientras conducimos el carro de un lado al otro del país. Cuando han faltado las palabras nos hemos tomado de la mano y orado en silencio, como cuando en un lapso de dos años murieron nuestros padres, y cuando nuestro primer nieto se encontraba en una condición crítica en la unidad de cuidados intensivos neonatal. Nos hemos arrodillado para emitir innumerables oraciones como: “Lo siento, Dios; la embarré de nuevo”. Y más de una vez hemos pronunciado la oración de Josafat: “Señor, ¡no sabemos qué hacer! ¡En ti hemos puesto nuestra esperanza!”

¡Hemos visto de primera mano que orar en pareja *funciona!* Hay una efectividad y un poder que se libera cuando cónyuges comunes y corrientes, como nosotros, nos ponemos de acuerdo en oración. Tal vez es por eso que a Satanás le gusta mantenernos a todos tan ocupados, que muchas veces tenemos que esforzarnos de una manera especial para que la oración ocupe su lugar.

Mi esposo y yo hemos descubierto una conexión especial, de corazón a corazón, que está disponible únicamente por la oración e interacción espiritual. Cuando se nos acaba el amor y la paciencia del uno con el otro, Dios tiene reservado un inagotable surtido de ambos, listo, esperando que lo pidamos.

Dios nos ha enseñado mucho por las sencillas oraciones pronunciadas durante el tiempo del café, o al lado de la cama de un hijo. Y aunque lo hemos visto trabajar una y otra vez en nuestras vidas y en las de nuestros hijos, cuando oramos, aún no hemos alcanzado la meta. Todavía estamos susurrando: "Señor, enséñanos a orar". ¡Y aún estamos encontrando que a Él le fascina mostrarnos más!

Ejercicio de oración

El comienzo

Puede ser que ustedes estén como estábamos Holmes y yo cuando, sintiéndonos tan alejados, empezamos la maravillosa aventura de orar juntos. O tal vez vayan más adelante en su viaje espiritual. Hablen juntos acerca de cómo se encuentran en este momento —tanto en lo personal como en pareja— concerniente a la oración. Puede ser que a uno de los dos, una desilusión con Dios le obstaculiza el camino. O tal vez uno se siente desconectado de Dios, o frustrados por estar muy ocupados con tantas actividades que no saben cómo sacar el tiempo para orar.

Estén donde estén, piensen en dónde quieren estar y cuál podría ser el próximo paso para cada uno. No se preocupen por no haber orado juntos en el pasado. Sepan que Dios los acepta como están, y los hará progresar por su Espíritu. ¡Lo único que Él anhela es un corazón dispuesto para hablarle y escucharle!